

Y NO HUBO NADA...

ALFREDO PASTOR - Profesor de Economía del IESE*

Rajoy estuvo tan ocupado en zaherir a su contrario que omitió dar pistas sobre lo que haría

Los ciudadanos esperan del presidente, sobre todo, empatía y fuerza moral

Las últimas palabras de aquella poesía de Cervantes que los colegiales de antaño sabían de memoria resumen perfectamente la pasada comparecencia del presidente del Gobierno ante el pleno de las Cortes y el larguísimo debate que la siguió. Entendámonos: el plato fuerte de la sesión lo constituía la confrontación entre la cabeza actual del Ejecutivo y el aspirante a sucederle; las restantes intervenciones, por meritorias que fueran sus propuestas, pasaban a un segundo plano. Si esto es así, el ciudadano debió quedar profundamente defraudado por el espectáculo que presencié y por sus dos protagonistas.

RETÓRICA Y SUSTANCIA

El presidente del Gobierno tejó su intervención en torno a dos temas: que España es víctima inocente de una crisis originada en Estados Unidos y que el Gobierno mantendrá, por encima de todo, el gasto social. Lo primero no es cierto: los avisos, en la prensa nacional y extranjera sobre la situación del mercado inmobiliario español datan, por lo menos, del año 2006; si las cosas fueron tan bien y van ahora tan mal es precisamente porque hemos ido a lomos de una burbuja y sufrimos ahora las consecuencias del reventón; y, si bien la burbuja fue facilitada por los

bajos tipos de interés, nos ha afectado mucho más que a otros, y eso es asunto nuestro.

Otra cosa es si el Gobierno hubiera podido hacer algo para prevenir la aparición de esa burbuja. Antes de contestar, miremos en derredor: no se hizo en Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Irlanda. ¿Hubiéramos sido nosotros más listos, o más valientes?

En cuanto al segundo eje - el mantenimiento del gasto social- apenas merece comentario: ningún gobierno, sea del signo que sea, reduce el gasto social cuando la economía entra en una recesión; hacerlo sería una tontería, se mire como se mire. La propuesta es buena en sí, pero sin sustancia. Como se ve, el conjunto no es gran cosa.

No estuvo mejor el jefe de la oposición: la prensa opina que ganó la batalla dialéctica al presidente del Gobierno, gracias a un discurso que algunos - seguramente sin haber leído los discursos parlamentarios de la época de la Restauración- califican de acerado, cuando los del actual presidente suelen estar hechos de otro metal. Quizá tengan razón, pero no es la batalla dialéctica la que importa, sino la de la sustancia; y ahí el discurso, por acerado que fuera, erró el blanco.

El jefe de la oposición insistió en los dos asuntos habituales: la congelación del gasto público para devolver competitividad a la economía, y la adopción de medidas estructurales. La primera propuesta es, como acabamos de ver, de imposible aplicación en la coyuntura actual. Es, además, extemporánea: en este momento, es el gasto (no cualquier gasto, claro) lo que hay que animar; ya vendrá el momento del rigor cuando la gente haya recobrado un poco de confianza. Con las

medidas estructurales ocurre lo mismo que con el gasto social: las proponen los gobiernos de uno y otro signo. El problema no está en conocerlas, sino en ponerlas en práctica: y ahí la resistencia de los intereses establecidos es tan grande, que el progreso es lentísimo, sea cual sea el partido que gobierne. Por eso esas medidas no son para ser anunciadas, sino para ser puestas en práctica con el menor ruido posible. La segunda propuesta carece de sustancia.

ACTITUDES Y CARÁCTER

Sorprende, pues, la debilidad del discurso de uno y otro: porque todos sabemos que, en uno y otro lado, abundan técnicos, analistas y gente con experiencia perfectamente capaces, si los dejan hacer, de poner en pie un análisis bien hecho de la situación, y un esquema coherente de medidas. Queda bien claro, por el resultado, que nuestros líderes políticos no los escuchan, y hay que lamentarlo.

Pero no es eso lo peor: parecen no darse cuenta que no son datos, ni cifras, ni medidas concretas, lo que el ciudadano espera de ellos en un debate como el del pasado día 10 de septiembre. Esperan ver, en el presidente, a alguien que se hace cargo de la situación, aún admitiendo que no la domina; que es capaz de hablar a la gente que está preocupada infundiéndole ánimos, no prometiéndoles subsidios; que es capaz de compadecerse de quienes lo pasan mal, aunque no pueda hacer gran cosa por ayudarlos; que puede recordarles que hemos pasado por crisis peores, y que podemos confiar en nuestras propias fuerzas para remontar. Esperan, en pocas palabras, empatía y fuerza moral.

Ambas estuvieron ausentes de su discurso. En cuanto al jefe de la oposición, se preguntan ¿será éste más capaz de sacarnos del hoyo? Por

desgracia, éste estuvo tan ocupado en zaherir a su contrario que omitió dar pistas sobre lo que haría, caso de tocarle la responsabilidad.

Volvamos a la pregunta anterior: ¿a quién escuchan nuestros líderes? Sus discursos sólo se pueden entender desde la perspectiva de la táctica electoral: ahora conviene decir esto, ahora toca lo otro. Es un error: llegadas las elecciones, todos nos preguntaremos, una vez más, qué han hecho unos y otros por mejorar nuestra suerte; no lo que han prometido, ni la mala uva que gastan, ni cómo han salido en los debates.

*Doctor en Economía por el MIT y licenciado en Economía por la UB. Fue secretario de Estado de Economía con Pedro Solbes como ministro de Economía, en uno de los gobiernos de Felipe González